

Una historia de perdón

Tu cruz en el cielo desierto

CAROLINA SANÍN

Laguna Libros, Bogotá, 2020, 208 pp.

QUISE EMPEZAR esta reseña con una imagen capaz de evocar y de resumir el contenido de este libro de Carolina Sanín sin el auxilio de las definiciones genéricas, pero los intentos sucesivos por acerar las palabras hasta sacarles su fuerza visual dieron resultados deleznable. Empecé entonces a ensayar adjetivos que pudieran suplir con su contundencia, con su plasticidad, la falta de esa imagen esquiva, para tropezarme enseguida con el mismo sinsabor de insuficiencia: me salían mancos y descoloridos, lánguidos y malsonantes. Tras este ejercicio infructuoso, finalmente encontré en la contraccarátula la expresión exacta, la síntesis depurada de toda adición superflua sobre lo que contiene este libro: *Tu cruz en el cielo desierto* —dice la autora conjugando sin restricción el verbo “ser”— “es una confesión erótica, es un ensayo sobre el amor confundido y es la historia de una pasión sin presencia”.

La anécdota sobre la cual se vertebra la confesión, sobre la cual discurre el ensayo y se desarrolla la historia, es el viejo e imperecedero tema del amor contrariado: en este caso, el ir y venir incierto, lleno de promesas frustradas, de una relación a distancia entre la autora y un supuesto poeta chileno, de quien nunca se conoce el nombre, domiciliado en una China remota, donde cada tanto florecen los cerezos. Como es habitual en los libros de Sanín donde se mezclan las convenciones de los géneros literarios en un híbrido multiforme, la trama ocupa un papel secundario en relación con la vistosidad de la lengua, con esa particular configuración idiomática que recibe el modesto y cortico nombre de *estilo*. Sanín, de hecho, dramatiza esta vocación suya de subordinarse a la voluntad estética del idioma con el tono sacrificial de la exaltación romántica: “El lenguaje que trata de hacer algo por mí y por el que doy la vida” (p. 12).

Suele decirse que un escritor alcanza la madurez literaria cuando está

en posesión de un estilo que adquiere trazas singulares; cuando lo ha depurado de los ripios, las frases hechas, los lugares comunes de una lengua, y ha conseguido articular de manera novedosa las modulaciones de una voz propia. Bajo esta premisa, no es aventurado decir que, con *Tu cruz en el cielo desierto*, Sanín ha alcanzado la etapa final de este largo y arduo proceso de singularización estilística: una prosa inconfundible.

En la escritura de Sanín, por ejemplo, ya no hay cabida para someterlo todo al imperio de la ultracorrección ni a las recomendaciones de los manuales de estilo, a pesar de que el conocimiento de la gramática española sea uno de los rasgos más visibles de sus textos. A la manera de Fernando Vallejo, el pleno dominio de la norma académica la libra de sentirse intimidada por sus convenciones y le confiere una libertad gozosa para renovar lo que se supone es la forma correcta o preferible de una expresión, de un giro o de una palabra. Cuando el inventario léxico de la lengua le resulta insuficiente, acuña neologismos para suplir esta falta (“apremianza”, “sinhorizonte”, “torturantemente”); si una idea necesita matizarse de manera dilatada, las frases se precipitan en una cascada de oraciones parentéticas y subordinadas de verdadera audacia sintáctica; o si la adjetivación fija, esperable, empobrece la expresión, no duda en subvertirla con participios insólitos: el “corazón quitado”, el “espejo temido”, la “voz despenada”.

Vale la pena decir que la plenitud de un estilo no se da en el vacío y con motivo de cualquier circunstancia sobre la cual se pueda escribir; se produce cuando existe afinidad entre el tratamiento de ciertos temas y la personalidad literaria de quien escribe. La prosa de Sanín encuentra su ocasión propicia cuando vuelve una y otra vez sobre los dominios de la literatura. El suyo es un canon amplio y heterogéneo, donde caben Shakespeare y Lezama Lima, Esquilo e Ibn Hazm, Tirso de Molina y Baudelaire. Aun cuando la erudición de Sanín a veces incurra en la tentación vanidosa de hacerse lucir —tan acusado es este gesto que ella misma lo recoge en las líneas confesionales de su libro—, es innegable la soltura con la cual integra

en el cauce de su escritura el diálogo con la tradición literaria.

A propósito de la mención de estos referentes literarios, quiero volver sobre el tema principal del libro —el amor— para intentar situarlo en el marco de alguna de las tantas aproximaciones con que la literatura ha abordado y le ha dado expresión a este tópico inveterado. Acaso, aunque a primera vista parezca extraño, *Tu cruz en el cielo desierto* sea un libro de una confesionalidad amorosa medieval. ¿Medieval? Sí, pero no el sentido común y corriente con el cual se emplea este término, para referir épocas signadas por el oscurantismo y el atraso de economías feudales, sino en la acepción que evoca a los trovadores del amor cortés y a sus damas idealizadas hechas de aire y blancura. No hace falta un análisis muy sesudo para proponer esta lectura del libro de Sanín, pues ella misma siembra las pistas de esta interpretación: “Lo mejor de dedicarle versos y glosas a la traga en Twitter es que uno no le dedica versos ni glosas, sino trinos: los meros cantos de las aves, al mejor estilo de los primeros trovadores” (p. 29). Para a continuación lamentar, en la misma página de esta cita, que haya caído en desuso el verbo arcaico “adamar”, cuyo significado simultáneo de cortejar y amar con locura, siente la autora, es el único capaz de describir la intensidad de su afecto.

Ese amor idealizado en el intercambio distante de las redes sociales es semejante al que siente Dante por Beatriz y que describe con detalle el poeta florentino en la *Vida nueva*, alternando poemas dedicados a la amada inasible y fragmentos de prosa donde explica el significado y la estructura de estas composiciones líricas. De hecho, *Tu cruz en el cielo desierto* empezó a ser concebido a la manera de la *Vida nueva*, justamente como un *prosímpro*, esa forma literaria, propia de la tradición medieval, en la cual prosa y verso van entreverándose y reflejándose recíprocamente: “En cada capítulo —explica la autora— relataría en prosa una etapa de la relación y luego pondría un poema alusivo al relato”, pues el libro “aspiraba a ser un homenaje a la *Vida nueva*, la obra inaugural de los romanticismos —de las tragas— [...]” (p. 42).

RESEÑAS		ENSAYO
<p>La cercanía entre ambas obras no se agota en las semejanzas formales ni en el diálogo, fecundo, que hacen los dos autores con la tradición literaria, pues durante la lectura nunca desaparece la sensación de que hay una afinidad menos visible, menos susceptible de ser entrevista en la superficie material del texto, y que acaso sea esa capacidad de hacer ascender la conmoción romántica, el embelesamiento por el amado, hacia la altura de la reflexión moral. No importa, en últimas, si Beatriz — en el caso de Dante— o el poeta chileno —en el relato de Sanín— existen o existieron (Sanín, de hecho, sobre la parte final del libro, deja abierta una interesante confusión al respecto). No. Lo significativo es que el amor, ese “accidente en la sustancia” según la definición de Dante, de sequedad escolástica pero no exenta de belleza, sea capaz de suscitar la pregunta por el lugar que uno ocupa en el mundo y desde el cual uno lo decide ver.</p> <p>Y la visión que escoge Sanín, manifiesta en ciertas frases que, a pesar de ser reveladoras, no presumen de aforismos, es amplia y generosa. Dice la autora sobre los señalamientos que advienen tras los rompimientos amorosos que “la tentación mortífera del ser humano es decir que otro —o uno mismo— hizo bien o hizo mal” (p. 18). Para Sanín, esta tendencia atávica a descargar la conciencia sobre un culpable conviene mudarse en un relato de matices más ricos que no parta de la reducción empobrecedora de escindir el mundo en bandos de buenos y malos.</p> <p>Aunque este no sea el lugar para ponderar el alcance filosófico o la hondura religiosa del acto del perdón —rechazado a veces como una simple engañifa para cometer desafueros y después librarse impune de ellos, celebrado otras tantas por ser un bálsamo capaz de deshacer con sentimiento genuino los agravios—, sí merece citarse, a manera de colofón, el hallazgo notable que hace Sanín en un corto pasaje de <i>Tu cruz en el cielo desierto</i>, donde sostiene, con una convicción sobre la cual parece asentarse el conjunto de las reflexiones de este libro, que “el perdón es reconocer que ninguna narrativa es la verdad” (p. 19). Revelación cierta sobre la imposibilidad de acomodar el recuento de la</p>	<p>experiencia humana, que es de lo que se ocupa la literatura, a la desierta llaneza de una única versión.</p> <p style="text-align: center;">Jerónimo Uribe Correa</p>	